

BIBLIOGRAFIA

Universidad de La Plata. — *Publicaciones Oficiales 1937. Dos folletos en 4° de 26 y 104 pgs.* — 1° *Inauguración de Cursos.* — 2° *Centro de Estudios Filosóficos: discursos y ensayos.*

El primero de estos folletos que recibimos contiene los discursos inaugurales del Curso 1937 y la foja con la plana mayor de la Universidad vecina. El segundo, de mayor volumen, además de cuatro discursos de homenaje en el sepelio del Dr. Alejandro Korn, dos macizos ensayos expositivo-críticos del profesor Eugenio Pucciarelli sobre «La Filosofía de Dilthey» y «La Psicología de la Estructura». Con respecto a la materia, una mejor distribución parece hubiera sido publicar en uno los discursos y separadamente los ensayos. Pero oportunidad de tiempo debe haberlo desaconsejado sin duda.

Nuestras Universidades (comprendiendo en la palabra todos los centros de estudios mayores) son numerosas y endebles; parecen haber sido pensadas más bien para un futuro optimista. Sin embargo, el esfuerzo por mantener la altura intelectual y el trabajo científico es positivo en ellas, a juzgar por sus escasas publicaciones, de rigurosa categoría intelectual. En su elevado y penetrante discurso inaugural, el Dr. Francisco Romero, después de señalar a los estudiantes el gran ideal de la ciencia como medio de liberación personal y servicio a la grandeza patria, apunta sobre la adolescente universidad platense, que alguien ha llamado «sucursal de Buenos Aires» una idea que merece toda atención: la de tender a convertir a la tranquila capital de la provincia en ciudad universitaria de tipo europeo (Lovaina, Heidelberg, Munich, Innsbruck) centro de atracción de estudiantado no ya sólo provinciano, pero hispano americano: «debería convertirse en parte de un instrumento argentino de influencia en América; de la más pura y durable influencia, que es la que da todo y no reclama nada».

Los ensayos de Pucciarelli son muy buenos trabajos. Es sabido cuánta curiosidad despierta actualmente la obra de Dilthey, que comparte con Brentano la gloria aquilatada de una extraordinaria fecundidad póstuma después de una modesta oscuridad coetánea. Dilthey fué un gran suscitador. Legó a la mente germana de su tiempo dos o tres sugerencias profundas, mal cómodas para reunir en sistema, pero de un enérgico fermento: la rebelión contra el estatismo kantiano, la intuición de la irreversibilidad y novedad de la historia y la singularidad y totalidad de las almas, el plan de una psicología comprensiva, la metodología de las ciencias morales, la aspiración del rigor filosófico en las ciencias que no son filosofía pura (no creyó en la metafísica) sino ética aplicada. Lástima que gran parte del vigor de su mente, maravillosamente hecha para penetrar lo concreto y lo vital, se tuviera que gastar en interminables preocupaciones de método, sino fatal de la filosofía alemana moderna. Precursor de la moderna filosofía existencial y de las psicologías totalistas, Dilthey parece representar la reacción de lo volitivo y lo libre que reclama un puesto en el seno de la ciencia, el puesto que le fuera clausurado por la rígida disyunción entre el aspecto representativo y el aspecto vital operado por las implacables Críticas kantianas en el seno del conocimiento.

La monografía sobre la «Gestalt-theorie» es la más completa y feliz que conozco en castellano: se trata de una exposición detallada y lúcida, seguida de una breve crítica y bibliografía.

Hace más de 10 años el Dr. Romero llamaba la atención entre nosotros sobre las nuevas preocupaciones de la psicología alemana en torno al problema de la percepción (Nosotros, 1926, «La teoría de la Forma»). Aunque algunos de sus elementos y su base general pueden ir a buscarse muy lejos («la suma de las partes no es el Todo», Lao Tse — «el Todo es por fuerza antes que las partes», Aristóteles) la teoría se presenta formada a principios de este siglo. Ehrenfels (1890) emplea el nombre; Schumann, Lipps, Benussi, Wertheimer, multiplican los experimentos (1900), Koffka y Krueger trazan las líneas teóricas. A nuestro entender esta interesante y novísima psicología del conocimiento, que Pucciarelli resume con fidelidad y claridad notables, representa tres cosas principales:

1° Reacción definitiva y positiva contra el viejo asocianismo sensista, ya cuarteado por las críticas de Dilthey, Lipps, Bergson, Klages, Driesch, Bühler, etc.

2° Intento de comunicar rigor científico a las psicologías de tipo totalista esbozadas por ellos, recogiendo de paso el vastísimo esfuerzo experimental de la psicología alemana, incluso la psicofísica y la psicofisiología.

3° Aguda y penetrante solución del problema de la percepción — que entraña en sí el viejo problema epistemológico del «conocimiento

intelectivo de lo particular» — con la pretensión metodológica (utopía a mi juicio) de reducir por él todos los demás problemas de la psicología, además de sorprender al psiquismo humano en el vuelo vivo de su misma operación, y a la vivencia en su propio «hacerse», estudiando la espontaneidad anímica en sí misma y no en sus actos o en sus objetos.

Pucciarelli no oculta los escollos de este método, al lado de sus ventajas y resultados. A mi entender, todas las críticas pueden resumirse en esa tentación de ambición exclusivista, que puede llevar a un sensualismo e intelectualismo igual que el abandonado — y esa tentación de temeridad metodológica, que malconoce la recondidez sutil de Psiqué, divina mariposa invisible que con ser presentísima a nosotros, — como advierte el Estagirita — no nos es visible en sí misma, sino sólo en sus actos, y éstos tampoco en su pureza activa sino sólo a través de sus objetos, como justamente este mismo mito de Psiqué y el Amor significaba en la vieja poesía helénica.

L. Castellani.

Revue des Etudes Historiques. — Cent-Quatrieme anné. — Janvier-Mars 1937.

Posee esta revista una organización ejemplar y un contenido de riguroso método histórico.

El número que tenemos a la vista ofrece el siguiente cuestionario:

Dr. E. Lomier: Las Prisiones de Juana de Arco, entre Compiègne y Rouen. — Paul Deslandres: Le Pere Emond Auger, confesor de Enrique III (1530-1591). — Henri Francois Buffet: La Ciudadela de Port Louis en Bretagne. — Edmond Soreau: Un personaje singular: Masson de Pezay.

El trabajo de Paul Deslandres, sobre el Padre Auger, es singularmente bueno. Interesa por la constitución moral del personaje, la época en que actúa, la serie de empresas importantes y trascendentales que acomete, y la delicadeza de las circunstancias que rodean al confesor del Rey de Francia.

Comienza el autor, refiriendo que se han ocupado de la vida del Padre Edmundo Auger; Sebastián Cramoisy, sacerdote de la Compañía de Jesús, quien le consagró una biografía en latín, en el año 1652. — En 1715, el Padre Jean Dorigny escribió sobre el mismo personaje, reproduciendo muchas de sus cartas, con el título de: La Vida del Padre Edmundo Auger, de la Compañía de Jesús, Confesor y Predicador de Enrique III, Rey de Francia y de Polonia. Donde se relata la Historia del establecimiento de los Jesuitas en Francia desde el reinado de Enrique II, hasta el de Enrique el Grande».

Y dice Deslandres, que en la historia de La Compañía de Jesús en Francia, el Padre Henri Fouqueray, cita al P. Auger más de cincuenta

veces en el primer volumen de su gran obra, y más de treinta veces en el segundo.

Me limitaré, dice el biógrafo de Auger, a tratar cuatro episodios de su vida: su juventud en Italia, su permanencia en Lyon, su intervención como capellán en la campaña de 1569, y su actuación como confesor del rey Enrique III; episodios que son trascendentales.

Nació Emond Auger en las inmediaciones de Sézanne (Marne); y fué hijo de humildes labradores. Un tío suyo, cura párroco, observó en el niño, indicios sobresalientes de vocación y le envió a Roma al cuidado de Pedro Lefevre, uno de los primeros compañeros de San Ignacio. Pero ocurrió la fatalidad de que Lefevre había muerto cuando llegó Auger a Roma. Copista en Campo di Fiore, fué advertido por Pedro Cogordan, quien lo condujo a la residencia de los Jesuitas. Empleado allí como sirviente de cocina, llamó la atención de San Ignacio, quien le proporcionó la oportunidad de hacer estudios y lo admitió en el noviciado en el año 1550. Hizo sus primeros votos y obtuvo una cátedra de poesía latina en el Colegio de Roma. En 1552 fué enviado al Colegio de Perusa donde enseñó cuatro años, poesía. En 1556 Lainez, sucesor de San Ignacio, lo nombró profesor de retórica en Padua. En 1559, el general, lo envió a Francia con el designio de fundar el colegio de Pamiers, a donde llegó en septiembre. La permanencia de Emond en Italia influyó favorablemente en sus actividades posteriores desarrolladas en Francia.

El P. Auger aparece desde su llegada como educador. Ahora y siempre se le conocerá el mérito de gran fundador de colegios de Jesuitas. Este afán fué estimulado por la importancia y el mérito que tuvo para él la educación de la juventud.

Durante treinta años descuella su vigorosa figura en más de quince ciudades importantes de Francia. Su carrera estuvo amenazada de concluir trágicamente, pues lo capturaron las bandas del Barón des Andrets, entonces protestante (pues se convirtió más tarde a la fé católica). El Padre Auger se dispuso a recibir la muerte, de la que se libró de improviso, debido a la súplica de algunos ministros protestantes que admiraban el coraje del sacerdote jesuita.

En Lyon su recuerdo perduró largo tiempo. Predicaba todos los días en la Catedral de San Juan; publicó su catecismo en francés, el primero en ese idioma.

Los lyoneses debieronle el grato suceso de haber logrado el retorno de las reliquias del patriarca San Irineo. En 1564 Carlos IX se hospedó en Lyon, y el P. Auger le honró con la dedicatoria de la 2ª. edición de su catecismo, escrito en forma de diálogo que se entabla entre el maestro y el discípulo.

Siendo provincial de Aquitania, el P. Auger prestó a los ciudadanos Lyoneses un señalado servicio; habiéndose organizado un com-

plot de protestantes contra Lyon, acudió a despertar el celo del gobernador Birague, quien tomó las medidas más juiciosas para frustrar la conspiración.

Se restituyó a la corte en 1568, predicando en presencia de Carlos IX; y en aquella circunstancia conoció al Duque de Anjou, futuro Enrique III. Este encuentro debía ser decisivo para la carrera del P. Auger. Entonces se encendió la tercera guerra de religión; y teniendo en vista esa campaña el P. Auger compuso un libro de cincuenta páginas intitulado: «Institutor de ejércitos para instruir un príncipe cristiano e emprender bien y finalizar felizmente una guerra y vencer a los enemigos del Estado y de la Iglesia Católica, dedicado al Rey. — París. - J. Nivelles, 1568. En dicho tratado el P. Auger establecía doctamente que el soberano tiene derecho de justa guerra contra los vasallos revoltosos, que el fin de toda guerra es una buena paz; pero que todos los excesos están vedados en el curso de la guerra.

En la mañana de Jarnac, el P. Auger, antes de la batalla ciñó con sus manos la coraza al Duque de Anjou, quien merced a las victorias de Jarnac y Moncentour vió su reputación crecer y elevarse, cuando contaba solo 18 años de edad.

La vida del P. Auger es acción pura, enérgica, instantánea y prudente. Se traslada de un lugar a otro con celeridad: y allí donde concurre deja un signo evidente de su talento. Estableció en Francia las 40 horas, según era uso en Italia. Y más adelante instituyó la adoración perpetúa, que fué combatida (como devoción nueva) por René Benoist, cura de San Eustaquio. Va a Avignon, desde el Campo de Jarnac; se traslada a los colegios de Pont-a-Mousson y de Chambery, de Auvergne y Rouergue... se traslada de Bordeaux, a la Rochelle, a Roma, a Loreto, a París.

La muerte prematura de Carlos IX (ocurrída el 30 de Marzo de 1574) dió comienzo al reinado de Enrique III, quien guardaba un grato recuerdo de su capellán militar que participó bizarramente de las fatigas de la guerra contra los protestantes, en 1569. Esta simpatía profunda que inspiró al monarca fué causa de que le nombrase su confesor. El P. Auger fué el primer jesuita que dirigió la conciencia de un rey de Francia; y desde entonces, hasta la supresión de la Compañía de Jesús los Jesuitas fueron revestidos de este cargo de confesores.

Paul Deslandres hace un relato minucioso de la vida del P. Auger, que con sentimiento debemos omitir en este resumen de su trabajo, en el que debemos reproducir aquellos rasgos vigorosos del alma del Jesuita.

Hasta esa fecha el P. Auger no fué motivo de contradicciones vivas y encarnizadas. Mas desde que el monarca le designó con el cargo de confesor, fué blanco de la hostilidad de los partidos políticos.

Dice Deslandres, que aunque M. Philippe Erlanger ha escrito en su reciente Historia de Enrique III, que Catalina de Médicis le escribió al Rey de Francia tratando de despertar sospechas en contra de su confesor; este historiógrafo no pudo ofrecer ninguna referencia seria; pues al contrario de lo que afirma, puede leerse en la correspondencia de Catalina de Médicis, publicada por H. de la Ferriere y Bagueanualt de Puchesse en la colección de documentos inéditos, que la reina, en una carta datada en 29 de Septiembre de 1578 y dirigida a Enrique III, elogia un sermón del P. Emond; y en numerosos documentos de su firma se repiten las alabanzas.

El exámen que hace Deslandres, del P. Auger en sus relaciones con el real penitente, es digno de un historiador de gran estilo y de afirmada prudencia. Considera Deslandres que es la cuestión más delicada que aborda en su trabajo, en razón de la fama cuestionable de Enrique III en punto de moral.

Deslandres se interroga y se responde de la siguiente manera. ¿El padre Auger fué en la corte una figura de adorno, simplemente? Para satisfacer este interrogante, cree necesario destacar que el P. Auger era una figura sobresaliente, a quien la Compañía de Jesús le había confiado los negocios más importantes. No admite el historiador que hubiera transcurrido los años de su madurez aceptando un rol de mero frontispicio, cual le cupo desempeñar al P. de Sacy en la corte de Luis XV, monarca que por espacio de 35 años no se aproximó a los sacramentos. Todo — prosigue el historiador — nos inclina a creer que el P. Auger fué un personaje muy influyente ante el Rey, de ello se tiene una prueba manifiesta en los sucesos de 1583.

Toma y analiza la época, y discute los cargos que se le imputaron al rey de Francia; no solamente lo hace con talento, sino con saber. Entiende que a todo juicio debe precederle un frío proceso. Y lo efectúa ayudándose con instrumentos testimoniales y de crítica de gran valor. Repara sobre la obra de M. Gabriel Hanotaux, y analiza su caudal. Cree que muchas de las historias de los príncipes de Francia se redactaron con la efervescencia de la enemistad personal con los reyes; razón por lo cual muchos soberanos tuvieron que soportar ataques despiadados contra su buen nombre, y fueron víctimas de acusaciones abominables y arbitrarias. La historia de los monarcas escrita así por sus enemigos ha debido adolecer de elementos apócrifos, que infunden justos motivos de desconfianza, y recelo. Nos recuerda que Alfredo Franklin, autor de la Cronología de los Reyes de Francia, y que habla en ella de «la abominable raza de los Valois» era protestante. Sabemos — dice el autor de este trabajo —, que en política no florece la justicia y que para abatir al adversario todos los medios son legítimos para el político sin escrúpulos.

Recomendamos al lector de «Estudios», esta parte discretiva de su ensayo, proporcionado, lógico y metódico. Acumula los hechos y analiza los testimonios, para juzgar al P. Auger, atacado por los políticos en panfletos llenos de violencia y de cargos abominables. Y concluye su larga prueba con estas palabras:

«La permanencia prolongada de este religioso en la corte de Enrique III, donde recibió honores, y testimonios de respeto, y donde fué siempre escuchado, es la prueba más elocuente que puede volver en favor de su real penitente.

Enrique III le confió la misión de fundar una Gran Cofradía de Penitentes. Estableció los Penitentes de la Anunciación (el 25 de Marzo de 1583), cuyos reglamentos compuso el P. Auger; pieza que contenía un repertorio de penalidades para reprimir a los cofrades negligentes. Compuso el P. Auger un libro de 250 páginas que intituló: Métanoelogie (que proviene de un nombre griego que significa conversión) para justificar la existencia de la cofradía.

El P. Auger fué un director genial de acción católica, en aquellos tiempos de herejías que provocaron guerras de religión y profundos enconos políticos.

Fomentó las grandes manifestaciones públicas de fe, y por este medio se reconquistaba la libertad de la calle frente a los protestantes, y se infundía coraje a los católicos. Estas ceremonias le proporcionaban la oportunidad de llevar el Rey... «pues estimaba que un verdadero jefe debe colocarse a la cabeza de sus ejércitos» (En nuestros días — dice Deslandres — Francisco José presidió la procesión del Congreso Eucarístico en Viena.

Tuvo el P. Auger todas las condiciones de un gran cardenal de estado; y fué indudablemente entre los R. P. de la Compañía un águila. Su talento universal lo consagra como un hombre de mira profunda sobre el porvenir. Fué el precursor de la introducción de la liturgia romana en Francia. «El P. Auger (dice Deslandres—, es el iniciador de un movimiento secular que debía concluir, después de la separación 1905, con la adopción en Francia, de la pronunciación romana del latín.

Mas en lo que el P. Auger no tuvo aprobación de los superiores, fué en la cuestión de la liga. Deslandres hace un resumen histórico de aquella famosa facción fundada en Picardía el año 1576, y desarrollada prontamente en las grandes ciudades, y muy principalmente en París. Las dificultades crecieron con la ejecución de la reina María Stuart, pues las pasiones fermentaron subiendo de grado la irritación. La situación del P. Auger en la corte fué penosa.

«Jamás — dice su historiador — este religioso sufrió un solo desfallecimiento en sus convicciones de realista, más entendió — discretamente que sus hermanos en religión ocupaban el primer rango. El P.

Auger recibió furiosos ataques de los adversarios del rey, lo que cedió al P. Acquaviva, quinto general de la Compañía de Jesús a liberarlo. Mas dispuesto el rey a conservar a su lado al confesor obtuvo del Papa Sixto V, un breve que le permitía retenerlo provisoriamente (en Junio de 1586). Pero, modelo de obediencia, entregó el breve al visitador P. Maggio (en 15 de Junio de 1587) y se retiró de la corte para volver más a Enrique III.

El P. Auger obsequió al Colegio de la Trinidad de Lyon su gran biblioteca, que obtuvo por la munificencia del rey, y se retiró a Italia pasando modestamente a ejercer un servicio parroquial en la aldea de Come, donde murió el 31 de Enero de 1591.

«Si la vida del Padre Auger — dice su biógrafo — no es dilatada, fué indudablemente su acción muy fecunda. Poseía la más esclarecidas aptitudes del hombre de acción: la perseverancia, el sentido de la responsabilidad, la presencia de espíritu, la magnanimidad caballeresca en las causas desesperadas.

«Allí donde se fué requerida su presencia, o donde se le envió por obediencia para resolver cuestiones delicadas, o donde las pasiones producían recios choques, el P. Auger estuvo a la altura de las circunstancias; y jamás defraudó la confianza depositada en él.

Resulta inexplicable, como pudo en medio de tan absorbentes deberes como pudo escribir las veinte obras que llevan su nombre. Las obras polémicas que publicó no son de nuestro dominio. Es necesario recordar que su catecismo fué el primero que se publicó en Francia; y que escribió dos tratados sobre los sacramentos. Fué también el primero que tradujo los relatos de las misiones de los jesuitas, que dieron origen a las cartas edificantes y curiosas. Escribió un gran número de cartas exhortando a las poblaciones afligidas, algunas veces, con singulares títulos como este: Azúcar espiritual para endulzar la amargura de las miserias de estos tiempos.

«No podremos — concluye Deslandres—, negar sin injusticia, que el P. Auger fué uno de lo personajes más notables de la segunda mitad del siglo XVI.”.

Arturo Cabrera Domínguez.

Oú en esl'enseignement religieux? — Libres et methodes. — Carterman, 66 Rue Bonaparte, París (6°).

En 1935 se constituyó en Lovaina (Bélgica) el «Centro Documentador Catequístico» para informar y orientar a los que se dedican con ahinco a la enseñanza religiosa.

Las casas editoras de diversos países, de Bélgica, Francia, Alemania, Inglaterra, Austria, España, Estados Unidos, Holanda, Irlanda e Italia contribuyeron generosamente y el Centro Documentador Catequís-

tico llegó a juntar más de 5.000 volúmenes, centenares de cuadros, films, juegos, tarjetas postales, etc. y variado material didáctico.

Con todo esto trabajaron unos cincuenta autores de diversas nacionalidades para componer el libro interesantísimo que recomendamos con merecido encarecimiento.

Naturalmente, cada autor presenta y juzga los libros que mejor conoce, los libros escritos en su propia lengua. Así, por ejemplo, los libros castellanos los P. P. Valor, Gaviña y Vizmanos.

Toda la obra está dividida en siete partes; las seis primeras corresponden respectivamente a los libros, escritos en francés, alemán, inglés, español, italiano y holandés; la séptima trata del material didáctico: cuadros, mapas y decoraciones murales y material didáctico para niños. Solo lo relativo a Juegos consta de diez secciones y enumera cuarenta y tantos libros o variedades de juegos o entretenimientos infantiles.

Las secciones de las seis primeras partes del libro son más o menos extensas según la abundancia y variedad de la literatura catequística en las diversas lenguas.

Para no hablar más que de la parte cuarta: *Lengua española*, se divide en tres secciones: Catecismo, Apologética y Breve indicación de otras ramas.

En la sección Catecismo se trata de Métodos. Planos y Manuales.

Después de una breve introducción (pág. 337-342) en la Bibliografía enumera: I Catecismos diocesanos. II Método Manjón. III Método Bilbao Ugariza. IV Método Llorente y V. Método Fusquets. VI Método del Señor Cura de Cardeñosa. VII otras obras catequísticas.

Firman esta sección A. Valor S. S. y C. Gaviña S. J.

La bibliografía más abundante corresponde al Método Bilbao Ugariza en el cual se distinguen convenientemente los Libros del discípulo de los Libros del catequista.

La sección Apologética habla de su importancia y características en España, de los Libros de texto, de los libros de lectura, y de los libros complementarios; y en la Bibliografía, de los Manuales, de los Libros de lectura separando los Libros a base de criterios externos, de los Libros a base de criterios internos; clasifica las obras complementarias de Apologética en cuatro grupos: 1. Apologética y cultura; 2. Apologética y ciencia; 3. Apologética y fé o Metodología apologética; 4 Colecciones y publicaciones periódicas sobre la Apologética.

Esta segunda sección la firma F. de B. Vizmanos S. J.

Por fin en la tercera sección se hacen algunas ligeras indicaciones sobre libros de I. Historia sagrada. II. Historia de la Iglesia, III. Comentarios: 1. Educación de la pureza; 2. preparación al matrimonio; 3. Acción Católica; 4. Acción Católica.

La verdad es que de las siete partes que tiene todo el libro, fuera de la séptima *Material didáctico* la más breve es la cuarta parte es la cuarta *Lengua española*. Los autores cuyas obras se indican y juzgan no pasarán mucho de 60.

El Pbro. Dr. Juan Tusqués, Catedrático en el Seminario Conciliar de Barcelona en la Pedagogía de la Religión. — Barcelona MCMXXXV. — pág. 322 y siguientes indica un catálogo de Biblioteca Catequística y dice: «Complemento del círculo de estudios es la Biblioteca catequística. Voy a citar por orden alfabético de autores, más de 300 libros escritos en español o traducidos al mismo.

Los que adquieran el libro del Centro Documentado Catequístico de Lovaina agradecerán a sus autores el que las más de las veces, a la lista de libros relativos a la enseñanza religiosa, hayan añadido un juicio — aunque sea brevísimo — de la obra. — Esto por una parte y por otra las introducciones generales a los argumentos de que tratan los libros indicados, ayudarán en gran manera para orientar al estudiante en la formación de la Biblioteca catequística.

A la indicación de cada libro acompaña siempre — o casi siempre — la nota bibliográfica: autor, ciudad y casa editora — año de la edición, tamaño del libro y hasta el precio del volumen o volúmenes.

Como se ve por todo esto se trata de un trabajo hecho con esmero y con cariño.

El Índice alfabético nos dice que los autores, citados más o menos veces, son unos 1.600.

Todos cuantos nos preocupamos por la enseñanza religiosa — habríamos de preocuparnos todos los buenos hijos de la Santa Iglesia — estamos de enhorabuena y hemos de darnos el parabién y hemos de darlo al Centro Documentador Catequístico de Lovaina, porque nos ha enriquecido con este libro precioso.

Yo me atrevería a rogarle que no de par a la mano, que de tanto por ejemplo, anualmente vaya publicando apéndices o suplementos a esta obra para llenar lagunas o omisiones y recoger todas las iniciativas o métodos que se propongan en el mundo entero.

El precio de 20 francos para un volumen de más de 500 páginas en 8º cuidadosamente impreso por la casa de Costerman, Tournai — Bélgica, es ciertamente muy moderado.

Creemos sinceramente dar un buen consejo al recomendar muy de veras este libro a todos los seminaristas y sacerdotes, máxime a los Reverendos Curas párrocos, a los educadores, profesores y directores de obras catequísticas, de la Cruzada Eucarística, a los Asesores de la Acción Católica, organizadores de scoutismo católico, directores de conciencias para orientar vocaciones, etc. etc. Todos ellos pueden sacar de este libro iniciativas, orientaciones para ayudar y perfeccionar su trabajo.

Vicente Sauras.